

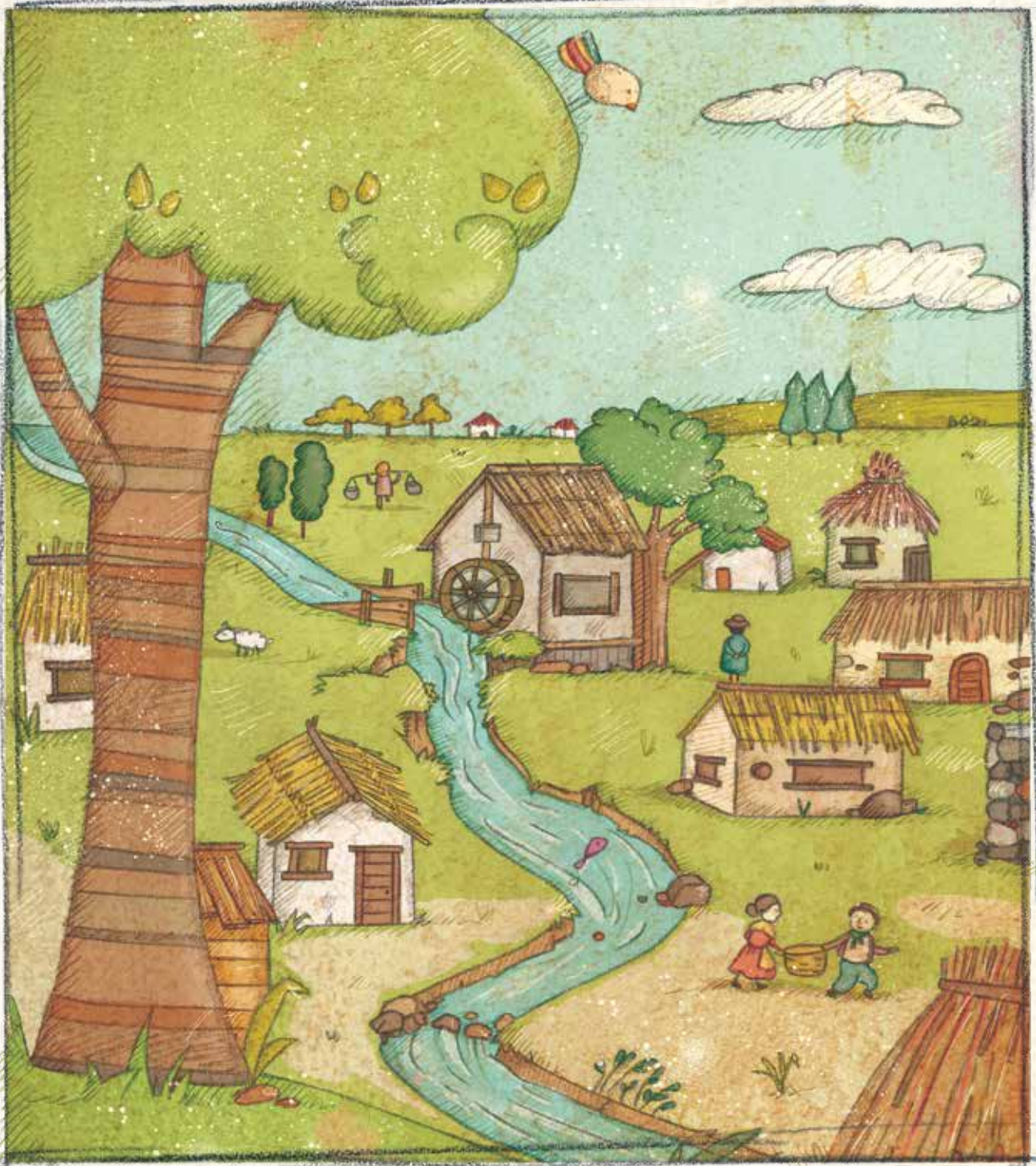


Sami y Sapay en el Éxodo



María Elena Arteaga
Ilustraciones de Valentina Echeverría

loqueleo



Las chacras y los ranchitos del paso del Molino rodeaban, desordenadas, al viejo molino, junto a las últimas curvas del arroyo Miguelete, donde las aguas bajaban, lentas y limpias, hacia la bahía.

En los últimos años, el caserío había crecido junto con la cercana Montevideo, porque allí se cultivaban las frutas y las verduras que se consumían en la ciudad. Además, el paso —unas rocas gastadas que asomaban sobre el agua frente al molino— permitía cruzar el arroyo a todos los que iban y venían a la ciudad.



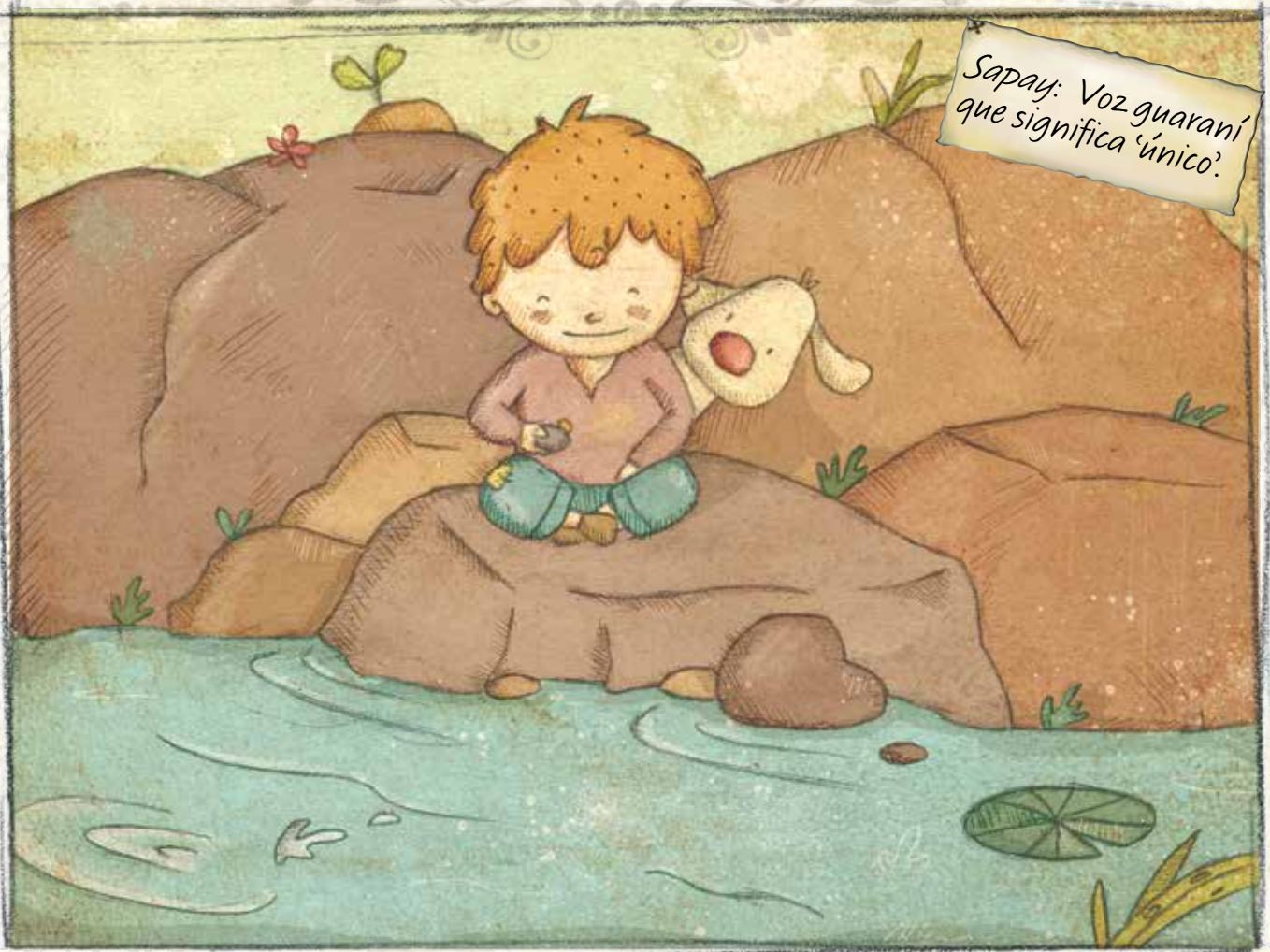


El paso del Molino era el mejor lugar para que un niño como Sami viviera contento con su mamá; era tranquilo para jugar y con muchas personas desconocidas para ver. Pero en aquel 1811, cuando Sami había cumplido seis años, estaba sucediendo algo que él no podía entender bien: ¡una guerra!

Los vecinos estaban preocupados. El pueblo había cambiado. En una de las curvas del arroyo se levantó un campamento militar de los llamados «patriotas». Los hombres armados iban y venían para atacar Montevideo, donde habían quedado encerrados sus enemigos, los españoles.

A veces podían oírse los cañonazos que el ejército patriota de Artigas disparaba contra las murallas de la ciudad. Subiendo la loma del camino, del otro lado del arroyo, se veía cómo les contestaban los cañones de la ciudad amurallada.





En los primeros días de primavera las cosas volvieron a cambiar: terminaron los cañonazos, los soldados se fueron, los vecinos se encerraron en sus casas y ninguna persona volvió a caminar por el paso Molino... Un día caluroso de octubre, aprovechando la calma del lugar, Sami bajó a las rocas con su perro Sapay. Estuvo mucho rato tirando piedritas para hacer sapitos en las aguas del Miguelete.

—¡Saaamiii...! —se escuchó gritar a la mamá—. ¡Venííí!

Al levantar la vista hacia su rancho, Sami vio que su amiga Arací corría hacia él.





—¡Nos vamos, Sami, apurate...! —Arací parecía asustada, tan asustada que Sami pensó que iba a romper la cajita de madera que apretaba con fuerza entre sus manos.

Cuando le iba a preguntar qué guardaba en la cajita, escuchó otra vez a su mamá gritando todavía más fuerte:

—¡Vamos! ¡Nos tenemos que ir, gurí!